

EL SEPARATISMO CANADIENSE

Monseñor BASILIO PLANTIER.

Hemos publicado en "ECA" dos artículos sobre "El Canadá Católico" cuando apenas nadie se preocupaba de esta nueva crisis: el separatismo, que hoy agita los espíritus en la prensa y en el parlamento y que va haciendo cada día nuevos adeptos. Fantasma, dicen unos; locura, afirman otros; peligro real, sostienen muchos. Al Canadá le puede pasar lo de la India, que se dividió por razones religiosas y de cultura en Pakistán e India propiamente dicha.

Se puede ahuyentar el peligro de división si se intenta un esfuerzo por rehacer la Confederación de 1867 según el espíritu de los que la forjaron, unión de las razas que lo poblaban: anglosajona y francesa. Se ha de intentar un último esfuerzo, pero si éste fracasa, el movimiento por la independencia de la Provincia de Quebec se hará más fuerte y culminará en la división de dos Canadás: anglófono el uno y francófono el otro (1).

El separatismo en la educación popular y en la juventud.—He aquí un verdadero peligro. En la Provincia de Quebec hay efervescencia en los espíritus y los sucesos se pueden precipitar de un momento a otro. Se acercan las elecciones y seguramente que al lado del Tercer Partido, recién fundado, surgirá un cuarto: el Separatista. En la educación popular, en la prensa y en la juventud, es en donde más se acusa el movimiento separatista.

¿Cuáles son sus causas?—La Confederación de 1867 quiso conciliar los intereses de dos pueblos distintos, uniéndolos, no absorbiéndolos, de tal manera que los franco-canadienses pudiesen, al lado de los anglófonos, vivir en paz y en santa libertad de lengua, religión y costumbres, de uno a otro Océano, con iguales derechos y obligaciones. Pero en realidad ¡cuántas amarguras, desprecios, injusticias no han tenido que sufrir!

Aún hoy día se les infringe un trato inicuo en su lengua, en sus escuelas y en sus costumbres. Según el espíritu del artículo 133 del "Acta de la América Británica del Norte", la lengua francesa tiene derecho de ciudadanía en toda la extensión del territorio canadiense; y, sin embargo, ¡cuántas trabas se le pone! En muchas Provincias son considerados como ciudadanos de segundo orden, apenas son tolerados como parias, no siendo admitidos como socios iguales, a pesar del Pacto Federativo.

Los anglófonos han querido asimilar y no unificar a los franco-canadienses.—En Suiza hay cuatro idiomas reconocidos, digamos, oficialmente: alemán, francés, italiano, romanche. Ni los de habla alemana, que son los más numerosos, han intentado germanizar a los de lengua francesa, ni los de lengua italiana a los cien mil de lengua romanche. Todos viven y se desarrollan libremente; respetando sus diferentes idiomas, costumbres y religiones: católica, luterana, calvinista. Los ingleses en el Canadá han intentado siempre dominar e intentan constantemente asimilar, más, borrar las características raciales, lingüísticas y religiosas de los franco-canadienses. De ahí la rebelión de éstos, que quieren vivir políticamente en paz con los anglófonos, pero que jamás se plegarán al abandono de su lengua, de su religión, de sus costumbres. Han resistido más de doscientos cincuenta años y no cesarán.

¿Qué debe hacerse para evitar una escisión que sería desastrosa para unos y otros?—Volver a los principios de 1867: dos socios iguales ante la Ley... paridad de derechos y deberes, unidad sí, pero asimilación, jamás.

(1) Anglófono: de habla inglesa. Francófono: de habla francesa.—N. de la R.

Vemos cómo, desgraciadamente, se ha practicado esta asimilación, discriminación o injusticia. En Nueva Brunswick se prohibió la enseñanza del francés y de la religión en las escuelas. En 1890 la mayoría inglesa persigue al elemento francés en las escuelas. En 1911 la Provincia de Ontario (donde viven 600.000 franco-canadienses) proscribió las escuelas franco-canadienses. En 1928, en la administración de James Gardiner, el hábito religioso y el Crucifijo eran tolerados en las escuelas, pero su sucesor An Person persiguió a las minorías con atroz fanatismo. Más tarde, la Provincia de Colombia Británica siguió esta misma política de estrechez de espíritu y de verdadera intolerancia. Y así en otras Provincias. Y hoy las cosas no van mejor. En menos de un siglo han emigrado a los Estados Unidos más de cinco millones de franco-canadienses, ya por razón de discriminación, ya porque en Estados Unidos han hallado más comprensión que entre los suyos propios, motivo por el cual no ha aumentado la población franco-canadiense proporcionalmente a la anglófona. Dentro de cinco años la Confederación celebrará su centenario. Es tiempo de reflexionar y de tratar de consolidar la Unión del Canadá y no de deshacerla.

Culpables del separatismo.—Lo son los anglófonos más que los franco-canadienses. Los primeros por su egoísmo, por su orgullo, por tratar a los segundos con cierto desdén y espíritu de superioridad, por negarles sus derechos de expansión de lengua, religión y costumbres. En las Provincias el 35% de los franco-canadienses han perdido el uso de su lengua nativa... y muchos con ella su religión. Es una de las peores y más lamentables consecuencias.

¿Existe peligro real?—Uno de los más connotados líderes liberales franco-canadienses, Monsieur Caron, se expresa así: "El movimiento separatista hoy por hoy no es serio y no tiene probabilidades de éxito, pero si los separatistas de Quebec logran tener un líder a lo Hitler, a lo Castro, a lo Camillien Houde, otra cosa sería..."

¿Qué remedios propone M. Caron?

I.—Establecer en todo el Canadá el bilingüismo, como se practica en la Provincia de Quebec. En ella los ingleses, infima minoría, gozan de toda libertad de enseñanza, religión y costumbres, al igual que la mayoría franco-canadiense. Es la única Provincia en donde se practica, sin restricción, el bilingüismo en universidades, colegios, escuelas, enseñanza religiosa, comercio.

II.—Que el bilingüismo sea obligatorio en los funcionarios de la Confederación, Provincias, en las Aduanas, Embajadas y Consulados, con sueldos más altos para los empleados que posean las dos lenguas; no conceder puestos diplomáticos a los que no sean bilingües...

III.—Inducir a los anglófonos a que aprendan francés, así como a los franco-canadienses de Quebec y Ontario a aprender el inglés. Y así como la moneda se acuña en ambos idiomas y las estampillas postales y últimamente los cheques del Tesoro se imprimen en inglés y en francés, así se manifieste la nación entera, y que los anglófonos aprendan la lección del suizo cultivado, que sabe por lo menos dos lenguas de su Patria.

Al realizarse la separación ¿qué sería del Canadá francés?—En territorio, con un millón y medio de kilómetros cuadrados, más extenso que Colombia, Bolivia, Perú...

En población, una nación joven de más de cinco millones de habitantes.

Pero con sólo dos salidas al Exterior: la Bahía de Hudson y el Río San Lorenzo.

¿Y qué sería del millón y pico de franco-canadienses que viven en las otras nueve Provincias?—Perdidos en medio de una población anglófona, más intolerante por la separación de Quebec, extranjeros en su antigua patria, o tendrían que refugiarse donde sus hermanos de lengua y religión, o tascar el freno y a la larga perder su lengua y, triste es decirlo, quizá su religión.

Y ¿qué otro daño recibirían los anglófonos, al producirse la separación?—Las cuatro Provincias marítimas, Nueva Escocia, Nueva Brunswick, Príncipe Eduardo y Terranova, desarticuladas del resto de la Federación, serían pronto presa de los Estados Unidos, sus vecinos.

El catolicismo canadiense sufriría también.—Las misiones católicas fuera de la Provincia de Quebec, los Obispados, las Parroquias, recibirían grave daño, pues Quebec es quien las alienta, nutre y sostiene.

Y Caron concluye, y nosotros con él: "No olvidemos que un pueblo que no quiere morir, acaba siempre por imponerse. Seamos canadienses franceses, sólidamente adheridos a nuestra lengua y a nuestras costumbres, pero también seamos igualmente canadienses para el mayor bien y honor de nuestra gran Patria".